

Monumental transformación

JULIA SOLA LANDERO

La historia de la plaza Mayor de Madrid es la historia de una gran metamorfosis: desde su modesto origen, allá por la Edad Media, como mercado de abastos en los arrabales de la ciudad, hasta convertirse en el majestuoso recinto porticado que es hoy, la plaza se ha ido transformando a la medida de los deseos de reyes y alcaldes.

Eterna superviviente, la plaza sufrió en su centenaria historia tres incendios devastadores que dieron lugar también a profundas operaciones de rediseño. Y ha resistido con gallardía las veleidades de regidores deseosos de pasar a la historia por dejar en ella su impronta, de modo que ha lucido ajardinada a la francesa, engalanada de árboles, fuentes y parterres; como en su día fue escenario de corridas de toros, ajusticiamientos, beatificaciones y coronaciones; alojó cabeceras de tranvía y fue utilizada como aparcamiento. Siempre viva, castiza o mundana, tuvo un balcón reservado a los reyes pero también se llamó plaza de la República. Imperial y doméstica al mismo tiempo, a su alrededor se arremolinaron los gremios al calor de la creciente actividad comercial de la zona, y a los panaderos y carniceros de la plaza se unieron los esparteros, bordadores, botoneras o cuchilleros, que dieron nombre a las calles aledañas.

Su origen más remoto es medieval, aunque la traza actual del recinto corresponde al proyecto del arquitecto de Felipe III, Juan Gómez de Mora, realizado en 1617, fecha de la que este año la capital está conmemorando el cuarto centenario con música, teatro, mascaradas, cine y danza. Dos siglos atrás de aquella fecha y muy lejos de imaginar su noble destino, el recinto era un desaliñado mercado de abastos que dio en llamarse plaza del Arrabal y que creció sobre la explanada de una antigua laguna a cuyo alrededor, ya desde tiem-

pos de los Reyes Católicos, se colocaban tenderetes para vender vinos y comidas. Al situarse fuera del recinto amurallado —en el arrabal de Santa Cruz—, el mercado estaba exento de pagar derechos de portazgo, por lo que los precios de los productos eran más baratos, razón por la que se convirtió en una de las plazas más frecuentadas por los madrileños.

En torno a aquel incipiente foco de actividad, situado en la confluencia de los caminos de Toledo y Atocha, se fueron levantando viviendas de forma desordenada, dando lugar a un recinto abierto y de trazado irregular. Allí se alzó la primera construcción porticada que sería característica de la futura plaza: la lonja que regulaba el comercio en ella, antecedente de la Real Casa de la Panadería.

La llegada de la Corte

Pero su existencia como humilde mercado estaba a punto de dar un vuelco. Madrid se preparaba para recibir a la Corte desde Toledo y había que dar lustre a la por entonces discreta villa situada en el centro árido del reino de Castilla. La transformación decisiva de aquel recinto medieval, que a lo largo del siglo XVI ya comenzó a llamarse plaza Mayor, sucedería, pues, a partir de 1561, cuando Felipe II comunica su voluntad de convertir Madrid en capital del reino. Por entonces la ciudad apenas tenía 15.000 habitantes y unas 2.000 viviendas y debía prepararse para recibir a un buen número de nobles, funcionarios, artistas y distintos cargos vin-

culados a la Corte. Efectivamente, en menos de 40 años desde que obtuvo la capitalidad del reino, los habitantes se duplicaron y el número de casas se multiplicó por tres. Tantos cambios trajo a Madrid la llegada de la Corte que, cuando en 1601, Felipe III la trasladó temporalmente a Valladolid, la villa clamó por el regreso de la capitalidad.

Felipe II, de quien es conocida su natural afición a la arquitectura, ya estaba embarcado desde 1563 en la construcción del monasterio de El Escorial. A punto de concluir aquel proyecto, quiso contagiar a la plaza Mayor algo de la magnificencia que ya se adivinaba en la impresionante obra escorialense. Se hacía necesaria una actuación urbanística: el viejo mercado medieval se había convertido en un animado escenario de actividades comerciales, sociales y políticas, pero no estaba a la altura de la capital del reino.

Previendo esa necesidad de cambio, el por entonces corregidor de la villa, Luis Gaytán de Ayala, encargó en 1581 a Juan de Valencia (uno de los maestros mayores del rey) elaborar una propuesta de renovación que fue enviada a Lisboa, donde por entonces residía Felipe II. La respuesta vino del arquitecto real, Juan de Herrera, e iba dirigida al secretario de las Obras Reales, Juan de Ibarra, quien se reunió con Gaytán de Ayala a finales de marzo de 1582 para llevar a cabo el deseo real de demoler las casas de una manzana a fin de despejar y cuadrar la plaza. Juan de Herrera dirigió en 1581 los primeros derribos de cara a la construcción de una futura plaza Mayor, trabajos que compaginó con la construcción del puente de Segovia (el mismo que hizo exclamar a Lope de Vega que Madrid vendiera el puente o se comprara un nuevo río).

En 1590 comenzó a levantarse el primer y más importante edificio del recinto: la Real Casa de la Panadería, que acogía en su planta baja una tahona pública: una especie de panadería monumental, y almacén de trigo y harina para abastecer a la ciudad. En la planta sótano estaban las caballerizas de los panaderos, mientras que en la planta noble se reservó el llamado Salón Real, para uso de la Corona, que se abre a la plaza Mayor y desde cuyos balcones los Reyes presidieron procesiones, autos sacramentales, corridas de toros, carnavales y canonizaciones.

Epicentro

El Rey prudente murió en 1598 sin haber visto culminado su deseo de engrandecer la plaza Mayor. Reinando ya Felipe III, el aspecto del recinto lucía destartado y con casas de dudosa factura, por lo que se decidió demoler el caserío existente y levantar una nueva plaza más acorde con la poderosa Corte real y con un Siglo de Oro que daba sus mejores frutos. Ordena el monarca la reestructuración integral del recinto en el que

había sido proclamado rey y donde, paradójicamente, fue ahorcado el valido regio caído en desgracia, Rodrigo Calderón. Estábamos ante la mayor reforma urbanística que había experimentado Madrid.

El proyecto de Juan Gómez de Mora —uno de los mejores alumnos de Juan de Herrera—, realizado en 1617, concebía la plaza como un enorme rectángulo de 152 metros de largo por 94 metros de ancho, una proporción que se aproxima a la que Vitrubio aconsejaba para el atrio romano. Se convirtió así en el espacio público más grande y con mayor prestancia de Madrid. Tenía capacidad para acoger 50.000 personas y 3.700 vecinos, y contaba con nueve entradas, tres bajo arcos y otras seis abiertas. Debido a la altura de sus edificios, la plaza era visible desde cualquier punto de la ciudad. Toda una metáfora del buen gobierno de la dinastía de Austria, traducido en el orden y en la grandeza de sus dimensiones. Epicentro absoluto del Madrid de los Austrias.

A su alrededor se arremolinaron los gremios, y los oficios —bordadores, botoneras, latoneros, etc.— dieron nombre a las calles aledañas

Gómez de Mora respetó la Casa de la Panadería, ya construida, modificando sólo la planta baja, y la dejó en el centro del lado mayor del rectángulo de la plaza. Según su proyecto, las casas tenían seis plantas, incluidos los bajos porticados y adintelados, estructura de madera, sótanos abovedados y fachadas de ladrillo rojo visto a las que se abrían balcones. Los tejados fueron de plomo hasta que las placas fueron literalmente derretidas por el incendio de 1631 y se sustituyeron por teja árabe. Frente a la Casa de la Panadería, que quedaba más baja que el resto de las construcciones, se levantó la Casa de la Carnicería, donde se encontraba el depósito general de carnes que abastecía los mercados y tiendas de la ciudad. Se desconoce la fecha exacta de la construcción de este edificio, pero se cree que fue reconstruida después del incendio de 1616, resultando un edificio de características similares a la Casa de la Panadería.

Las obras acabaron pronto y sólo dos años después de su comienzo, el 23 de septiembre de 1619 se pregona un acuerdo municipal para que ningún vecino de la plaza modifique los balcones y para que doren los enrejados. Por tanto, la plaza estaba prácticamente acabada y se daban los últimos retoques. Por fin, el 15 de mayo de 1620 se convirtió durante seis días en escenario de los festejos celebrados con ocasión de la beatificación de San Isidro.

Escenario de todo tipo de eventos, la plaza, como cualquier centro de espectáculos, tenía sus localidades en los balcones, cuyo uso se pagaba dependiendo de la altura: desde los 12 ducados del primer piso hasta los 3 de la quinta planta. El primer piso de la Casa de la Panadería, estaba reservado a los reyes y su séquito, por lo que las llaves, como sitio real que era, estaban custodiadas por el aposentador de Palacio. En 1634, Felipe IV autorizó la construcción de una nueva calle de acceso en la Casa de la Panadería, con el objeto de favorecer la entrada exclusiva de los carruajes de la familia real desde la calle Mayor

Incendios

En la calurosa noche del 6 al 7 de julio de 1631, reinando Felipe IV, y provocado por las chispas de un horno, se desencadenó el primer incendio ocurrido en la plaza. Tres días de llamas que devoraron decenas de viviendas, porque las losetas de plomo de las cubiertas se fundían y hacían casi imposible la extinción de las llamas. Ante la impotencia para apagar el fuego, que ya se extendía por las calles de Imperial y Toledo, al lugar de los hechos se personó el mismísimo Felipe IV acompañado del conde duque de Olivares, quienes hicieron llevar el cuerpo incorrupto de San Isidro y las vírgenes de Atocha, Almudena y de los Remedios y de la Soledad con la esperanza de que se obrara el milagro de la detención espontánea del incendio. Sofocado éste, el encargado de la reconstrucción fue nuevamente Juan Gómez de Mora, que eliminó las cubiertas de plomo y las sustituyó por tejas.

En 1672, entre el pánico de los madrileños que volvieron a revivir las trágicas noches del incendio anterior,

se quemó la Real Casa de la Panadería, que tuvo que ser reconstruida posteriormente según proyecto del arquitecto Tomás Román, tras diecisiete meses de trabajos que renovaron el antiguo esplendor del edificio, esta vez con 33 balcones y dos torres laterales rematadas con chapiteles.

Pero el último y más catastrófico de los incendios se desencadenó en la noche del 16 de agosto de 1790 y dejó la plaza prácticamente arrasada. Aquella tragedia fue el origen de la reforma total y definitiva de la plaza. Reinaba Carlos IV y esta vez la reforma corrió a cargo de Juan de Villanueva, que dejó la impronta del neoclasicismo que cultivó en sus edificios.

Villanueva sustituyó las estructuras de madera de los edificios por ladrillo y piedra. Y la mayor novedad: cerró la plaza mediante caserío y arcos de acceso en las calles que desembocan en ella, siguiendo los modelos clásicos europeos y dando lugar a un recinto plegado sobre sí mismo. En las fachadas se uniformó la altura de los pisos con las de la Casa de la Panadería, mediante un tejado corrido de pizarra salteado de buhardillas, rebajándose de cinco a tres la altura anterior, normas que se extendieron a las calles aledañas. Las obras de reconstrucción se prolongarían hasta 1854, después de la muerte de Villanueva, dirigidas ya por sus discípulos Antonio López Aguado y Custodio Moreno.

Hasta hoy

Tras aquella reforma integral, terminada en 1854, la plaza adquirió, por fin, la disposición y ordenamiento actuales. Sus dimensiones finales serían de 120 por 90 metros, con 114 arcos –incluidos los ocho de ac-

Nombres de la plaza

Un enclave como la plaza Mayor, escenario de tantos y tan variados eventos –dramáticos, jocosos, solemnes–, y objeto de tantos proyectos rubricados con cuño real, no podría haber sido ajeno a los vaivenes políticos de España.

Desde 1619, cuando se lleva a cabo el proyecto de Juan Gómez de Mora, con el que se deja atrás definitivamente su pasado medieval y también su denominación como plaza del Arrabal, el recinto ya era conocido como plaza Mayor –la más grande de Madrid– y así se mantuvo hasta el XIX. Sin embargo, los cambios políticos trajeron nuevos nombres para el enclave más cambiante de la ciudad. Así, en 1812 pasó a llamarse plaza de la Constitución, una denominación de ida y vuelta que ostentó también en 1820, 1833, 1840, 1874 y 1876, mientras que la denominación de Plaza Real alternó con aquella en 1814, 1826, 1835 y 1874.

En 1873, al proclamarse la Primera República, la plaza fue bautizada con el nombre de plaza de la República. A los

dos meses pasó a ser denominada como plaza de la República Federal y también como de la República Democrática Federal. Tras la Restauración borbónica volvió a llamarse plaza de la Constitución, nombre que en nuestros días fue olvidado para recuperar, como un círculo que al fin se cierra, el antiguo y actual de plaza Mayor.

Tampoco el principal edificio de la plaza, la Casa de la Panadería ha sido ajeno al ajetreo de actividad de la plaza más visitada de Madrid, desde su origen como Tahona General de la Villa. En 1732 albergó las dependencias del Peso Rea; más tarde, parte de su superficie fue ocupada por la Real Academia de San Fernando (1745-1774) y de la Historia (1774-1871), mientras que a finales del s XIX fue sede de la Biblioteca Municipal, para convertirse a principios del s.XX en Segunda Casa Consistorial de Madrid y sede del Archivo Municipal. Hoy, y tras haber sido también un centro cultural, alberga el Centro de Turismo de plaza Mayor.

ceso—, 377 balcones, cuatro torres y 76 buhardillas. Sin embargo, aún seguirían los cambios de usos y ornamentación. Así, durante el reinado de Isabel II, la plaza perdió la función de escenario para espectáculos y se remodeló el espacio central para convertirlo en un jardín a la francesa; y a instancias de Mesonero Romanos, a la sazón concejal del consistorio, se colocó en el centro la estatua ecuestre de Felipe III, diseñada por Giambologna y terminada por Pietro Tacca en 1616, que hasta entonces había estado en el acceso a la Casa de Campo.

Desde 1877 albergó las cabeceras de algunas de las principales líneas de tranvía de la ciudad, con actividad hasta 1956. En 1880, se restauró la Casa de la Panadería, según proyecto de Joaquín María de la Vega, y los frescos de su fachada, obra de Luis González Velázquez, fueron repintados. Doce años después los viejos frescos fueron sustituidos por otros realizados por el artista Carlos Franco con temas iconográficos protagonizados por Cibeles, Cupido, Baco o Tritón, entre otros.

Ya en los años sesenta del siglo XX se realiza una última gran remodelación que dejó el aspecto que posee a comienzos del siglo XXI. Con la eclosión del tráfico en el centro de la ciudad, durante los años 60, se empleó la plaza como aparcamiento hasta 1966, y enseguida se inician las obras para construir el aparcamiento subterráneo existente hoy y los túneles de acceso, obras que terminan en 1969. Y en la superficie se colocaron más de medio millón de adoquines de pórfido, caliza y granito rojo que forman parte del ajedrezado pavimento que hoy pisan a diario miles de turistas. En 1985, la Plaza Mayor de Madrid fue declarada Bien de Interés Cultural, en su categoría de Monumento.

.\ La Casa de la Panadería

La Casa de la Panadería fue construida por Diego Sillero alrededor de 1590, pero de este edificio sólo se conserva el sótano y la planta baja. No obstante, es el modelo que copian el resto de edificios de la plaza. Entre las numerosas funciones que ha tenido, destacan

el de Tahona Principal de la Villa, que fijaba el precio del pan para que los más necesitados pudieran adquirirlo; aposentos reales; Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, y Academia de la Historia. En la actualidad es la sede del Centro de Turismo de Madrid. La decoración que podemos contemplar en la fachada no ha sido igual a lo largo de los años, debido a las reformas y rehabilitaciones. Las pinturas murales que cubren hoy el edificio son obra de Carlos Franco, y representan figuras mitológicas relacionadas con la historia de Madrid como la diosa Cibeles.

.\ El Arco de Cuchilleros

Los incendios, sin embargo, han cambiado la fisonomía de la plaza en varias ocasiones. El más devastador fue el de 1790, que permitió la reconstrucción llevada a cabo por el arquitecto Juan de Villanueva, quien redujo en dos alturas las fachadas, cerró la plaza en sus esquinas y levantó nueve arcos de acceso. Dada su monumentalidad, el más conocido de todos es el de Cuchilleros, cuya escalinata salva un acusado desnivel. Los pintorescos edificios de esta calle llaman la atención por su elevada altura e inclinación de las fachadas, a modo de contrafuertes. Su nombre se debe a que aquí se ubicaban los talleres de cuchilleros que proveían de instrumental a los carniceros de la Plaza Mayor, donde se encuentra la Casa de la Carnicería, que fue el depósito general de carnes.

.\ La estatua de Felipe III

Esta escultura ecuestre es una de las obras de arte de mayor valor ubicada en las calles de Madrid. Diseñada por Giambologna y terminada por Pietro Tacca en 1616, durante siglos custodió el acceso a la Casa de Campo, pero la reina Isabel II se la prestó en 1848 a la ciudad, y se decidió colocarla en la Plaza Mayor. Sólo durante las dos repúblicas la escultura ha vuelto a emigrar de esta plaza, tal vez la más emblemática de Madrid. ■